

“Que se predique arrepentimiento y perdón de pecados” (Lc. 24:47)

Sal. 4; Hechos 3:11-21; 1 Jn. 3:1-7; Lc. 24:36-49

Jesús,
Cap. Miranda,
Hohenau.**Introducción**

¿Ustedes vieron alguna vez a un cuerpo resucitado? ¿Vieron alguna vez a una persona resucitada, que volvió a la vida? Les aseguro que sí. “¿Dónde?”, me preguntarán. Nosotros los cristianos, ¡somos testigos de la resurrección de Jesús! Claro que hemos visto, por la fe, la resurrección de Cristo, tal como anunciaban ya desde tiempo antiguo las Escrituras del Antiguo Testamento (La Ley de Moisés, en los Profetas y los Salmos). En las Escrituras vemos la resurrección del propio Jesucristo. Nosotros somos testigos de la resurrección de Jesús. Y les dice Jesús a sus discípulos: “Que se predique arrepentimiento y perdón de pecados a todas las naciones” (Lc. 24:47).

1. Que se predique el arrepentimiento y el perdón

“He aquí el orden: “Arrepentimiento y perdón de pecados”. Jesús no invierte el orden, diciendo: “Perdón de pecados y arrepentimiento”. No; este sería un camino equivocado que no conduciría a la salvación”¹. Carlos Walther, en su libro *Ley y Evangelio*, escribe: **“No se divide bien la palabra de Dios cuando se predica primero el evangelio y luego la ley, primero la santificación y luego la justificación, primero la fe y luego el arrepentimiento, primero las buenas obras y luego la gracia (Tesis VII);... con ello se puede provocar un inmenso daño al corazón y al intelecto de los oyentes.”**²

Todas las personas del mundo deben oír estos dos mensajes de Dios: el mensaje de la Ley, que produce el arrepentimiento, el dolor y reconocimiento del pecado humano; y además y fundamentalmente, el mensaje del perdón, el Evangelio, la Buena Noticia de la gracia de Dios en Cristo, la justicia que él nos regala sin mérito nuestro, sin intervención o cooperación nuestra. Estos dos mensajes deben ir juntos, aunque distinguidos; y deben ir en el orden correcto: primero la Ley que revela la enfermedad del pecado, y luego el Evangelio que cura, sana y libera de pecado y condenación. Como dice san Pablo: *Pero antes que viniese la fe, estábamos confinados bajo la ley, encerrados para aquella fe que iba a ser revelada. De manera que la ley ha sido nuestro ayo [nuestro guía, nuestro pedagogo], para llevarnos a Cristo [el Evangelio], a fin de que fuésemos justificados por la fe. Pero venida la fe, ya no estamos bajo ayo, pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos”* (Gl. 3:23-27).

Este mensaje de la Palabra de Dios, predicada en forma de ley y de evangelio, es para todas las naciones. *“Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin”* (24:14). Lamentablemente, son muchos los que han oído alguna vez las Tablas de la Ley con sus Mandamientos, pero nada han oído hablar de que la sola fe en Cristo nos justifica delante de Dios, que la fe se aferra a los méritos de Cristo, a su Pasión y resurrección, y por tal fe en la obra y méritos de Cristo en la cruz, que pagó mi deuda con Dios, yo soy salvo. No han oído hablar de esto en toda su vida, inclusive entre las iglesias. No se han convertido, permanecen en tinieblas espirituales. Todavía piensan que el cristianismo es un sistema de reglas. Pero dice san Pablo: *“el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo”* (Ro. 14:17).

¹ C. Walther, *Ley y Evangelio*, Tesis VII.

² C. Walther, *Ley y Evangelio*, Tesis VII.

2. Que se predique el arrepentimiento

Jesús nos dice hoy a nosotros también: Que se predique primero el arrepentimiento. Justamente predicar el arrepentimiento es mostrar que nuestros ojos, por causa de la naturaleza humana caída en el pecado, no pueden mirar a Dios con gratitud, sino con odio. Que detestamos a Dios y no le buscamos. Esto nos muestra que por el pecado original, no tenemos capacidad alguna de decisión en cuestiones espirituales. Es más, el espejo de la Ley nos muestra lo alejados que nos encontramos de Dios, que nuestra situación es tan lamentable, como haber caído en un pozo ciego, lleno de excremento, y del cual no podemos salir. Más lamentable aun, es que todavía encontrándose el hombre en esa situación lamentable, tiene el orgullo de decir “No he errado”, “No estoy perdido”, “No estoy sucio”. Esta es la mentalidad carnal del hombre, que consiste en deseos malos e impuros, y que busca solamente su propio bien. El hombre por naturaleza quiere que los demás lleven su propia carga, es decir, no se hace responsable de su propia culpa, sino que esta la hecha sobre el prójimo, y sobre Dios. Está sucio hasta el cuello en ese pozo asqueroso, pero como se cree limpio según su propia sabiduría, en lugar de arrepentirse, sólo quiere disfrutar la vida, de los bienes; busca a los que simpatizan con sus ideas, y habla mal de los demás. Es terrenal y carnal, pero piensa que merece el paraíso, y se siente muchas veces en el paraíso, diciéndose a sí mismo: “No necesito a Dios, ni el perdón, ni a Cristo, esas son fábulas del pasado, son historias de los abuelos”. Me ha tocado hablar con gente así, y en lugar de indignación, me da pena, más aun, despierta en mí con renovadas fuerzas un celo por predicar y anunciar aún más la Palabra de Dios, a Cristo, nuestro Señor, que resucitó de entre los muertos. Me da más celo misional todavía, viendo a la pobre juventud de hoy día, en general, sin esperanza para el futuro, cuando en Cristo Jesús siempre hay esperanza, ¡Él nos abrió el cielo, nos abrió un futuro de esperanza! Veo las muchedumbres engañadas por falsos profetas, por espíritus sectarios, por entusiastas que andan noche y día buscando a quién devorar. Entonces me acuerdo las palabras de nuestro Señor Jesús, que dice: “Ve, anda, no te calles, predica la Ley y el Evangelio. Porque el tiempo de mi venida está muy cerca”. ¡Despierten los que están en las tinieblas de la muerte espiritual, recapaciten! ¡Con la luz de su victoria Cristo los iluminará! ¡Que “les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios”! (2 Co. 4:4). Porque este es nuestro testimonio, del cual somos testigos: “Que el Cristo había de padecer, y ser el primero de la resurrección de los muertos, para anunciar luz al pueblo y a los gentiles” (Hch. 26:23).

“Es por lo tanto muy acertado lo que observa San Gregorio: «Cada vez que veamos a personas pecadoras, ello debe darnos motivo para que en primer término lloremos por nosotros mismos, puesto que hemos caído en pecados similares o todavía podemos caer en ellos». Pues «no hay pecado hecho por algún hombre», dice Agustín, «en que no pueda caer también otro hombre, si Dios lo deja abandonado a sí mismo». Me gusta también bastante el versito que alguien compuso como ayuda a la memoria para recordar este hecho: «O somos como aquél, o hemos sido así, o lo seremos aún»³.”

3. Que se predique el perdón

Pero Jesús también nos dice hoy: Que se predique el perdón de pecados. “*Porque la paga del pecado es muerte, pero la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro*” (Ro. 6:23). Como también dice san Pablo: “*Hermanos, si alguno es sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradlo con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado*” (Gl. 6:1). “*Restauradlo con espíritu de mansedumbre*”, “porque muy cierto es lo que dice San Gregorio: ‘La justicia verdadera tiene compasión; la falsa, indignación’. Así pensaba también Cristo, Lucas 9 (v. 51 y sigtes.): cuando Juan y Jacobo ‘quisieron mandar que descendiera fuego del cielo sobre los samaritanos, como hizo Elías, él se lo prohibió diciendo: *¿No sabéis de qué espíritu sois hijos? El Hijo del Hombre no ha venido*”

³ Martín Lutero, *Primer Comentario a los Gálatas* (1519), Gl. 6:1.

para perder las almas sino para salvarlas, etc.' Como dice sobre nuestro Señor Jesucristo "Isaías (53:11): 'Él llevó nuestros pecados': lejos de abandonarnos con y en nuestros pecados, lejos de acusarnos y de condenarnos, él actuó con nosotros exactamente como si él mismo hubiera hecho lo que nosotros hicimos. Él pagó lo que no robó (Sal. 69:4). El mismo ejemplo lo cita Pablo en Filipenses 2 (v. 5-7) donde dice: "Haya en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como una presa arrebatada, sino que se despojó de sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres". He aquí: Cristo es semejante a los hombres, esto es, semejante a los pecadores y a los débiles, y no ostenta otra condición ni otra forma que la de un hombre y de un siervo. Aun siendo en forma de Dios no nos desprecia sino que toma la forma nuestra, 'llevando él mismo nuestros pecados en su cuerpo' (1 P. 2:24)."⁴

"Dice San Agustín...: «No hay nada en que se pueda conocer mejor al hombre espiritual, que la forma cómo trata los pecados ajenos: piensa más en absolver a su prójimo que en exponerlo a las burlas, prefiere el ayudar al injuriar. Al hombre carnal en cambio lo conocerás en que se ocupa en el pecado ajeno sólo para juzgar y vituperar, así como aquel fariseo escarneció al publicano sin compasión alguna.»⁵ "Por eso, "si ven a un hermano apesadumbrado por un pecado que ha cometido, corran a él, extiéndale la mano, consuélienlo con el evangelio, y abrácenlo como una madre".⁶

4. Los frutos del perdón: las obras de amor

A este arrepentimiento y verdadera fe cristiana, esto es, de que la fe en Cristo nos justifica delante de Dios, entonces les siguen a su vez las obras de amor, como respuesta a dicha justicia y salvación recibida de parte de Dios, sin mérito de nuestra parte. Se trata de las buenas obras del cristiano, de las obras de misericordia. De manera que, justificados y perdonados por Dios gracias a Jesucristo, nosotros, el cuerpo de Cristo, la Iglesia de Cristo, "*teniendo diferentes dones, según la gracia que nos es dada, si el de profecía, úsese conforme a la medida de la fe; o si de servicio, en servir; o el que enseña, en la enseñanza; el que exhorta, en la exhortación; el que reparte, con liberalidad; el que preside, con solicitud; el que hace misericordia, con alegría*" (Ro. 12:6-8). Estos son los frutos de la fe y el Espíritu Santo en nuestros corazones que cita aquí Pablo:

- *Profecía*, o sea, la vocación dada por Dios de predicar el evangelio, o sea, los pastores llamados y ordenados para desempeñar el oficio pastoral en la iglesia.

- *Servicio*, o sea, la diaconía, los diáconos y diaconisas en la iglesia, sea la comisión directiva, sean las damas que sirven al prójimo, sean los jóvenes colaborando, sean los caballeros, sean los hermanos de la congregación con tiempo y ofrendas para el Señor, para la obra del Señor a través de la congregación, a través de la Escuela. La fe y el Espíritu Santo nos llevan a pensar "nosotros como equipo", y dejar de lado el "nosotros" y "ellos".

- *Enseñanza*, o sea, la vocación divina de los padres en enseñar a sus hijos la palabra de Dios en casa, el culto familiar, o devoción en familia.

- *Exhortación*, aquí cabe resaltar el papel de los padres, padrinos, abuelos, como consejeros de sus hijos, hijas, nietos, nietas, en fin, el rol de los mayores como consejeros y asesores en la toma de decisiones en la familia, como aquellos que oran por y animan a sus hijos; implica también, por el otro lado, la humildad de los más jóvenes en que estén atentos al consejo de sus padres, y de obedecerles, siempre que esté de acuerdo a la voluntad de Dios.

- *Dar con sencillez*: Hay hermanos en la congregación que dan simplemente por amor, desinteresadamente, dan al pobre y al necesitado porque se compadece del prójimo; y no hacen

⁴ Martín Lutero, *Primer Comentario a los Gálatas* (1519), Gl. 6:1.

⁵ Martín Lutero, *Primer Comentario a los Gálatas* (1519), Gl. 6:1.

⁶ Martín Lutero, *Segundo Comentario a los Gálatas* (1535), Gl. 6:1, San Luis: Editorial Concordia, p. 218.

propaganda de eso, sino que muchas veces sólo Dios lo sabe. Ese dar desinteresadamente y por amor, es un fruto precioso que trae la fe en Cristo.

- *Presidencia*, es decir, aquellos cristianos con puestos de responsabilidad en el gobierno, municipalidad, empresas, cooperativas, negocios, comercios de diversa clase, que tienen personas a bajo su mando, dice Dios: presidan entonces con solicitud, o sea, con esmero, con cuidado, administrando bien.

- *Misericordia*: El que practica, que ejerce, que muestra compasión, el que es compasivo, que pone su corazón lado a lado con el sufrimiento ajeno, que sintoniza, siente y comprende al otro. Y eso, como si a él mismo le estuviera ocurriendo, pues lo hace con el sentir de Cristo, quien se puso a nuestro lado, en la miseria del pecado y de la muerte, para darnos el perdón de los pecados, la esperanza de la resurrección y la vida eterna.

Vayan, y que se predique el arrepentimiento y el perdón a todas las naciones. Amen.